

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

---

Carlos A. Scarponi, *El Ethos Humano - Ética Filosófica Fundamental*. Buenos Aires: Agape, 2017, 278 pp.

---

La perenne solicitud de la Iglesia por la educación es uno de los tantos puntos contemplados en la renovación promovida desde el Concilio Vaticano II, que le dedica un documento específico (*Gravissimum Educationis*). Esta inquietud se trasladada al ámbito de la formación del clero, sobre la cual, a partir de las consignas fundamentales del decreto conciliar *Optatam Totius*, vemos sucederse hacia el presente distintos pronunciamientos. En ellos se ratifica la relevancia de la preparación filosófica, en línea con una realidad cultural cada vez más dinámica, secularizada y global, tal como lúcidamente la describe la Constitución *Gaudium et Spes*.

Ya en 1972 la Congregación para la Educación Católica dedicó su reflexión a los desafíos

que planteaban por entonces los nuevos escenarios para el emprendimiento de una sólida formación filosófica como preámbulo para los estudios teológicos de los futuros sacerdotes. En su comunicación, el dicasterio declara que “la revelación judeocristiana es absolutamente incompatible con el relativismo epistemológico, moral o metafísico”, y postula un “núcleo fundamental de verdades”: el realismo crítico, una ontología abierta a lo trascendente y “una antropología que salvaguarde la auténtica espiritualidad del hombre, que conduzca a una ética teocéntrica y trascendente con relación a la vida terrena, al mismo tiempo que abierta a la dimensión social del hombre.” (*La enseñanza de la filosofía en los seminarios III*).

Del riquísimo magisterio de San Juan Pablo II basta citar el número 98 de la *Fides et Ratio*: “Ante los retos contemporáneos

en el campo social, económico, político y científico, la conciencia ética del hombre está desorientada. En la Encíclica *Veritatis Splendor* he puesto de relieve que muchos de los problemas que tiene el mundo actual derivan de una « crisis en torno a la verdad. Abandonada la idea de una verdad universal sobre el bien, que la razón humana pueda conocer, ha cambiado también inevitablemente la concepción misma de la conciencia: a ésta ya no se la considera en su realidad originaria, o sea, como acto de la inteligencia de la persona, que debe aplicar el conocimiento universal del bien en una determinada situación y expresar así un juicio sobre la conducta recta que hay que elegir aquí y ahora; sino que más bien se está orientando a conceder a la conciencia del individuo el privilegio de fijar, de modo autónomo, los criterios del bien y del mal, y actuar en consecuencia. [...] la teología moral debe recurrir a una ética filosófica orientada a la verdad del bien; a una ética, pues, que no sea subjetivista ni utilitarista. Esta ética implica y presupone una antropología filosófica y una metafísica del bien.”

Finalmente, cabe recordar el Decreto de Reforma de los Estudios de Filosofía, cuando afirma que “entre las verdades fundamentales, algunas tienen un carácter central y particularmente actual: la capacidad de alcanzar una verdad objetiva y universal y un conocimiento metafísico válido; la unidad cuerpo-alma en el hombre; la dignidad de la persona humana; las relaciones entre la naturaleza y la libertad; la importancia de la ley natural y de las “fuentes de la moralidad”, en particular, del objeto del acto moral; la necesaria conformidad de la ley civil y de la ley moral” (n. 11).

En este contexto nos sale al encuentro una valiosa propuesta didáctica del Padre Carlos Scarponi, un especialista en temas de moral filosófica y teológica que desde hace muchos años ejerce la docencia en esas áreas en la Facultad de Teología de la UCA. Se trata de su libro *El Ethos Humano – Ética Filosófica Fundamental*, editado por Agape. Dentro de un panorama bastante desperejo en la producción académica de la especialidad, debe decirse ante todo que en esta obra se cumplen acabadamente

mente las recomendaciones antes citadas.

Tal como el autor lo aclara oportunamente, la obra “pretende ser un *esbozo* de un Manual de Ética Filosófica Fundamental” dirigido “ante todo a los alumnos de Ética Filosófica de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina de Buenos Aires con el fin de facilitarles un material de estudio” (p. 17). He aquí un primer detalle para destacar: no es ni más ni menos que un manual, al que le caben en consecuencia todas las virtudes y defectos del formato.

Uno de los rasgos abiertos al debate es el de la tensión entre lo universal y lo particular que aquí se hace presente. En efecto, por un lado, es una exposición de la ética *filosófica*, que se constituye en un saber autónomo respecto de la teología. Como signo de ello, el autor no se priva de citar en varios lugares el pensamiento de Aristóteles. Pero, por otro lado, es una obra destinada a estudiantes de teología, y por eso se propone allanar el camino anticipando futuras cuestiones en dicho ámbito. A su vez, hace suya la tesis de Maritain según

la cual el estudio de la realidad moral del hombre concreto no puede desconocer su estado de naturaleza caída y restaurada, de modo que la consideración puramente filosófica supone una “orientación intrínseca” (p. 37) a una nueva luz de orden sobrenatural. En tal sentido no faltan las alusiones, sobriamente dosificadas, a la *Veritatis Splendor* o a la *Suma de Teología*.

En cuanto a su pretensión de exponer solamente las nociones *fundamentales*, ciertamente lo logra, sin que por ello deje de hacer ilustrativas alusiones a temas candentes, como los del área ambiental o de bioética.

Fiel a su estilo escolar, las páginas introductorias proponen un mapa del recorrido temático a partir del cual se hace mucho más cómoda y fluida la lectura. Tenemos ante todo una estructura tripartita, toda vez que “el momento *moral* o *ético* del pensar filosófico se articula en tres consideraciones inseparables y complementarias sobre el *obrar humano*: la consideración personal, la social y la histórica-cultural. En nuestro estudio vamos a seguir estos tres pasos

en orden a lograr una *síntesis* sobre la filosofía moral.” Y a continuación agrega: “La perspectiva desde la cual vamos a adentrarnos en el misterio del obrar humano será siempre, en primer lugar, la del *sujeto que actúa*, es decir, la de la *primera persona* [...]. Esta perspectiva clave y fundamental será complementada con la de la *interpersonalidad*, es decir, la de la *segunda persona*: el hombre, en cuanto persona que actúa, lo hace siempre en relación a otra persona humana en la intencionalidad de llegar a la comunión de personas; y es en esta interpersonalidad del obrar humano donde surge propiamente la percepción y la realización del bien auténtico” (p. 20).

Otro asunto bien resuelto, y que hasta los manuales a veces descuidan, es el de la definición del objeto de la ética. La delicadeza de muchas cuestiones del orden moral exige un concienzudo discernimiento de competencias epistemológicas, a la vez que establece una jerarquía en los contenidos. El autor, acogiendo a la tradición más sólida y feraz en la materia establece que “la ética es el estudio del *obrar humano* en cuanto que es

expresión y realización plena de la Persona Humana” (p. 33). Dicho en palabras tal vez más expresivas, no se trata de estudiar al hombre en cuanto es hombre, o como sujeto de derechos y obligaciones, sino en cuanto es *bueno*. Por eso dirá luego que el valor moral “es el valor en el cual y por el cual la persona se realiza como tal, de modo integral y no llega a ser simplemente buena en un aspecto parcial de sí misma (buen científico, buen atleta, buen albañil, etc.), sino que llega a ser simplemente buena, un hombre bueno, una buena persona” (p. 94).

Este enfoque del universo moral se traduce en una lectura profundamente realista, cuyo centro es la persona humana en su carácter de máxima singularidad, irrepetible e irremplazable en su autodeterminación. A la vez, es un realismo que subraya la primacía del amor como realización (y no mera consideración) del bien, lo cual, por su parte, reclama una capacidad de discernimiento aplicada a lo concreto, y que supone el ejercicio de un modo de conocer no discursivo, que es el del juicio por inclinación. Estos temas sal-

pican por doquier el desarrollo de la exposición, como un aderezo que impregna delicadamente el mensaje.

A manera de muestra, recogemos algunos puntos fuertes del texto, que muestran la penetrante inspiración del Padre Scarponi: el análisis y significado de la experiencia; la no confusión entre diferencia y diversidad; la afirmación de la incondicionalidad del valor sin desmedro del recto sentido en el que se inscribe su carácter histórico; la libertad como autorrealización y su reflejo en el derecho a la libertad de conciencia; la relación entre la persona y el bien común y el concepto de participación.

Sin embargo, el punto culminante de este libro parece estar en un detalle no siempre debidamente advertido en los estudios de moral: el bien al que el hombre está llamado es algo a realizar, no algo hecho. Y su realización conlleva dificultades que a menudo parecen insuperables. El siglo XX ha instalado, en buena hora, la problemática del mal como contracara de la reflexión sobre el bien. Por eso, hay una apuesta en el gesto de

hacer el bien en combate con tantas adversidades, y allí está la substancia de lo que llamamos esperanza. Agradecemos al Padre Scarponi que nos haga recordar que la ética filosófica es, en definitiva, “una filosofía de la *esperanza*: sin esperanza, sin una auténtica y fundada esperanza no hay ética, no existe un auténtico ethos humano” (p. 236).

Cabe insistir en la impronta didáctica de la obra, que hace mérito en la elección de las palabras y los ejemplos, en cierta circularidad que la lleva a retomar el camino ya trazado para ahondar el surco y hacer que el alumno asimile mejor las nociones. El diseño es elegante, pero quizá el tamaño del volumen resulte un poco exiguo para el uso escolar, donde se requiere un espacio más generoso que facilite el subrayado o las anotaciones marginales. También parece algo mezquina la propuesta de citas textuales, aunque se compensa con referencias que privilegian las fuentes primarias. Aunque el autor da su justificación, sería preferible incluir una bibliografía final orientativa. El prólogo está a cargo de Monseñor Alfredo Zecca, ex decano de la Facul-

tad de Teología y ex rector de la Universidad Católica Argentina.

OSCAR BELTRÁN

---

James W. Heisig, *Filósofos de la nada. Un ensayo sobre la escuela de Kioto*. Barcelona: Herder, 2015<sup>2</sup>, 463 pp.

---

Esta notable obra aborda el desafío de ofrecer una mirada de conjunto de la llamada Escuela de Kioto y del pensamiento de sus tres grandes filósofos fundacionales: Nishida Kitarō (1870-1945), Tanabe Hajime (1885-1962) y Nishitani Keiji (1900-1990)

El nombre escuela de Kioto aparece por primera vez impreso en el año 1932, en un artículo de periódico escrito por Tosaka Jun. Esta primera aparición pública se hace desde una tremenda crítica al pensamiento de Nishida, al que Tosaka caracteriza como *burgués*.

Heisig afirma que «el tono de los comentarios de Tosaka es respetuoso, pero a la vez firme en la convicción de que la primera filosofía propiamente japonesa carece aún de una clara visión del mundo y de que sigue

alimentándose de sus propias abstracciones en el “invernadero” de la academia».

Sin embargo, alrededor del pensamiento de estos autores, se congregó un grupo mixto de estudiantes que se encontraban para debatir en torno a una gran variedad de temas. Estudiantes brillantes que encontraron, en estos tres maestros, la posibilidad y la inspiración para pensar filosóficamente en diálogo con la gran tradición occidental desde las propias matrices budistas.

He aquí quizá un elemento característico de la *ratio* y el método de esta escuela filosófica; mientras que la filosofía occidental ha disputado la verdad con las cuestiones de índole más religiosas y ha intentado reducir su método a las evidencias de la razón o de los procedimientos empíricos, estos filósofos integran sus presupuestos religiosos sin dificultad, tratando con la cuestión de Dios sin temor a adulterar la “posición epistemológica” de lo que intenta ser una propuesta desde la razón. Aquella “pura razón” como aspiración de la filosofía moderna, no encuentra aquí demasiada cabida.